

se destacaba entre las negras barras de hierro. Salvato sacó el pañuelo y le besó, y su nombre vino de nuevo á halagar su oído.

Pero Salvato hubiese sido imprudente, si, en noche tan clara, hubiera continuado este cambio de señas: sentóse, pues, y permaneció inmóvil, mientras que á través de la doble reja, su vista habituada á las tinieblas, distinguía la blanca aparición, hacia la cual no dirigió más su mano.

Poco después se oyó ruido de remos, y apareció entre el laberinto de naves que cubría el puerto, una barca que se detuvo al pie de la escala de la goleta.

Era José Palmieri.

— ¡Buena noticia! exclamó en inglés Salvato, abrazando á su padre. ¡Ella está allí, allí, en aquella ventana! ¡Ved aquí su pañuelo y una carta!

José Palmieri sonrió y murmuró:

— ¡Oh, pobre caballero! Teníais razón al decir que la juventud es poderosa delante de Dios.

## CAPÍTULO XXIV

### El nacimiento de un príncipe real.

Algunos días después de los sucesos que acabamos de referir, el rey, escoltado por su fiel Júpiter, cazaba codornices á tiro en los jardines de la Baquería, hacia la pendiente septentrional de las colinas que se elevan á alguna distancia de la playa.

Llevaba consigo los dos compañeros más á propósito para este género de diversiones, que era tan buenos tiradores como él; sir Hamilton y el presidente Cardillo.

La caza era magnífica, por ser aquel el tiempo en que las codornices vuelven del Norte. Como todo cazador sabe, estas aves hacen dos viajes; en los meses de Abril y Mayo van del Mediodía al Norte, y en esta época están flacas. En los meses de Septiembre y Octubre están, por el contrario, gordas y succulentas, sobre todo en Sicilia, que es el

punto de descanso de su primera jornada para volver al África.

El rey Fernando, pues, se divertía, no diremos como rey, porque sabemos muy bien que reyes como él no se divierten siempre; pero como un cazador que nada en caza.

Había disparado cincuenta tiros, y muerto otras tantas piezas, y apostaba llegar hasta las ciento sin errar una.

De repente se vió llegar un jinete á todo correr, y, que guiado por el ruido de los tiros, detuvo su caballo á unos quinientos pasos de los cazadores, se irguió sobre los estribos para ver cuál de los tres era el rey, y habiéndole reconocido, fué á su encuentro.

El jinete era un mensajero que el duque de Calabria enviaba á su padre para anunciarle que la duquesa sentía ya los primeros dolores, y le suplicaba que, según las leyes de la etiqueta, asistiese al parto.

— Bien, dijo el rey; ¿dices que los primeros dolores?

— Sí, señor.

— En ese caso aún tengo una ó dos horas á mi disposición. ¿Está allí Antonio Villaré?

— Sí, señor, y otros dos médicos con él.

— Ya lo ves, nada tengo que hacer allí. Poco á

poco, Júpiter: voy todavía á matar algunas codornices. Vuelve á Palermo y di al príncipe que te sigo.

Y fué hacia Júpiter que, según el mandato de su amo, estaba tan inmóvil como una piedra.

Voló la codorniz, y matóla el rey.

— Cincuenta y una, Cardillo, dijo.

— Por Dios, repuso el presidente, mal humorado por no haber muerto más que treinta; con un perro como el vuestro, no es mucho. No sé cómo Vuestra Majestad se toma la pena de quemar pólvora y de sembrar plomo. En su lugar, yo tomaría la caza con la mano.

El criado que seguía al rey, dió á éste otra escopeta cargada.

— ¡Y bien! dijo el rey al mensajero, ¿todavía no has partido?

— Esperaba saber si teniais otras órdenes que darme.

— Dirás á mi hijo que he llegado hasta ahora á la codorniz cincuenta y una, y que Cardillo aún está en la treinta.

El mensajero volvió á partir á galope, y la carcería continuó.

El rey, en una hora, mató veinticinco codornices.

Cambiaba su escopeta descargada por otra car-

gada, cuando vió venir al mismo mensajero al paso de carga.

— ¿Vienes á decirme que la duquesa ha parido? le gritó.

— No, señor, vengo, por el contrario, á decir á Vuestra Majestad que sufre mucho.

— Y ¿qué quieres que yo haga?

— Vuestra Majestad sabe que en estas circunstancias el ceremonial exige su presencia, porque puede suceder una desgracia.

— ¿Qué hay? preguntó el presidente.

— Hay que esto va á quedarse solo á lo que parece, respondió Fernando

— ¿De manera que vamos á dejar la caza á mitad del día? Vuestra Majestad la dejará si gusta, yo me quedo y no iré á Palermo hasta no haber muerto cien piezas.

— ¡Ah! dijo Fernando, ¡una idea! Vuelve á escape á Palermo y manda echar á vuelo todas las campanas.

— Y ¿qué diré á Sus Altezas reales?

— Puedes decirles que llegaré tan pronto como tú. ¿Has visto nuestros caballos?

— Están atados á la reja de la Baquería, señor.

— Di al pasar que los traigan.

El mensajero partió á galope, y un cuarto de

hora después, todas las campanas de Palermo atornaban el aire con su clamoreo.

— ¡Ah! dijo el rey, buena idea; va á hacerla mucho bien; y continuó cazando, llegando á la codorniz noventa sin haber errado una.

— ¿Querréis ahora decirme, Cardillo, si llegaré hasta las ciento sin faltarme un tiro?

— No merece la pena, porque allí está el mensajero que vuelve.

— ¡Diablo! dijo Fernando. Poco á poco, Júpiter. Voy á matar la noventa y una.

La codorniz voló y matóla el rey.

Cuando volvió la vista, el mensajero estaba junto á él.

— Y bien, le preguntó Fernando, ¿la han aliviado las campanas?

— No, señor: los médicos temen.

— Los médicos abrigan temores, repitió Fernando, rascándose la oreja. ¿Es grave la situación?

— Muy grave, señor.

— En ese caso, que se disponga el Santo Sacramento.

— Señor, observaré á Vuestra Majestad que los médicos dicen que vuestra presencia es urgente.

— ¡Urgente! repitió Fernando con impaciencia, ¡yo no haré más que Dios!

— Señor, vuestro caballo está aquí.

— Ya le veo, ¡voto va! Marcha, marcha; y si el Santo Sacramento no la alivia, iré yo en seguida.

Y añadió en voz baja:

— Cuando haya muerto mis cien codornices, óyelo bien.

Al cabo de un cuarto de hora, el rey había matado cien codornices. Sir Hamilton ochenta y siete, y el presidente Cardillo estaba furioso porque tenía diez menos que sir Hamilton y veintitrés menos que el rey.

Las campanas seguían á vuelo, lo que probaba que nada nuevo sucedía.

— ¡Cómo ha de ser! dijo el rey suspirando; parece que se empeña en no concluir hasta que yo esté allí. Vamos allá, pues. Bien dijo el que dijo: «Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere!» y montó á caballo.

— Podéis llegar si queréis hasta las cien codornices, dijo á los otros dos cazadores: yo me voy á Palermo.

— Entonces, dijo sir Hamilton, siga á Vuestra Majestad, porque mi cargo me obliga á no abandonaros en tales circunstancias.

— Por mi parte, podéis marchar; yo me quedo, dijo Cardillo.

El rey y sir Hamilton partieron á galope.

Cuando entraban en la ciudad, el clamoreo de las campanas cesó.

— ¡Ah! dijo el rey, parece que esto ha concluído. Ahora resta saber si es hijo ó hija.

Pasó por delante de una iglesia: todos los cirios estaban encendidos, el Santo Sacramento expuesto en el altar, y el templo lleno de gente que oraba.

Se oyó el ruido de los petardos y se vió el aire surcado de cohetes.

— Esto es de buen agüero, dijo el rey, al ver venir á lo lejos al mismo mensajero, que tiraba el sombrero al aire, gritando: «¡Viva el rey!»

Todos corrían detrás y delante de él. Milagro fué que no aplastara á nadie.

Apenas apercibió al rey, exclamó:

— ¡Un príncipe, señor, un príncipe!

— Y bien, dijo el rey á sir William Hamilton, mi presencia ya no servirá para nada.

Los vitores del pueblo anunciaron la llegada del rey á Palacio, donde todo era alegría, y esperaban al rey con impaciencia.

El duque y la duquesa de Calabria habían tomado á empeño la causa de la San Felice, no por ella, á

quien no conocían, pues apenas la habían visto, sino por su marido.

El pobre caballero, más muerto que vivo, y más agitado que si se tratara de su propia suerte, estaba de rodillas en su gabinete y esperaba rezando. Conocía al rey y sabía que tenía mucho que temer y poco que esperar.

La joven madre estaba en su cama, y no dudaba. ¡Qué había de negar al hermoso niño que acababa de dar á luz con tantos dolores! sería una impiedad. ¿No sería rey, con el tiempo, el recién nacido? ¿No era un feliz augurio el que entrase en la vida por la puerta de la clemencia, y balbuceando la palabra «perdón»?

No estando allí su abuelo en el momento de su nacimiento, hubo tiempo para vestirlo y ponerle una magnífica capa de encajes.

Tenía los cabellos blondos de los príncipes austriacos, ojos azules, asustados, que miraban sin ver, la piel fresca como la rosa y blanca como la nieve.

La madre le tenía acostado junto á ella y abrazado, y había deslizado entre la capa que cubría las mantillas reales, la súplica de la desgraciada San Felice.

Se oyeron en la calle, cada vez más próximos á palacio, los gritos de: «¡ Viva el rey!»

El príncipe, tan tímido siempre delante de su padre, le pareció que iba á cometer un crimen de lesa majestad, y se puso pálido; pero la princesa, más animosa que él, dijo:

— Francisco, no podemos abandonar á esa pobre mujer.

San Felice, que oyó estas palabras, abrió la puerta de la alcoba, y asomó su cabeza pálida y espantada.

— ¡ Oh! ¡ príncipe mío! dijo con tono suplicante.

— Lo he prometido, y lo haré, dijo Francisco: oigo los pasos del rey: escóndete ó sino te pierdes

San Felice cerró la puerta del gabinete cuando el rey abrió la de la habitación.

— Muy bien, muy bien, dijo al entrar: todo ha concluído, y satisfactoriamente gracias á Dios. Te doy la enhorabuena, Francisco.

— ¿ Y á mí señor? preguntó la enferma.

— Á vos os la daré cuando haya visto al niño.

— Señor, ya sabéis que tengo derecho á tres gracias vuestras, dijo la princesa, por haber dado un heredero al reino.

— Y se os concederá, si es buen muchacho.

— ¡ Oh! señor, es un ángel, respondió presentándole el niño.

— Á fe mía, dijo el rey tomándole en sus brazos,

y volviéndose hacia su hijo, no lo hubiera hecho yo mejor, estoy picado.

Hubo un momento de silencio; ni se respiraba siquiera. Se esperaba que el rey viese el memorial.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¿ qué tiene en el brazo ?

— Señor, dijo María Clementina : en vez de las tres gracias que es costumbre conceder á la princesa real que da un heredero á la corona, no os pido más que una.

Y al pronunciar estas palabras, su voz temblaba de tal modo, que el rey la miró con admiración.

— ¡ Diablo ! mi querida hija, dijo, parece que es muy difícil lo que deseáis.

Y acostando al niño en su brazo izquierdo, tomó el papel con la mano derecha y le desplegó lentamente mirando al príncipe Francisco, que palideció, y á la princesa María, que se dejó caer sobre su almohada. El rey comenzó á leer ; pero á las primeras líneas, frunció las cejas, y su rostro tomó una expresión siniestra.

— ¡ Oh ! dijo antes de haber concluido la página, si era esto lo que teníais que pedirme, mi señor hijo, y vos, mi bella hija, habéis perdido el tiempo. ¡ Esta mujer está condenada y morirá !

— ¡ Señor ! balbuceó el príncipe.

— Si el mismo Dios quisiera salvarla, lucharía contra él.

— ¡ Señor ! ¡ en nombre de este niño !

Tomadlo, exclamó el rey, tomad vuestro hijo, os le devuelvo.

Y arrojándole con violencia sobre la cama, salió exclamando :

— ¡ Jamás ! ¡ jamás !

La princesa María lanzó un gemido y tomó en brazos á su hijo que lloraba.

— ¡ Oh, pobre inocente, dijo, esto te hará desgraciado !...

El príncipe cayó sobre una silla sin fuerza para pronunciar una palabra.

El caballero empujó la puerta del gabinete, y más pálido que un muerto, fué á recoger el memorial que había caído al suelo.

— ¡ Oh, amigo mío ! dijo el príncipe, tendiéndole la mano ; ya lo ves, no es nuestra la culpa.

Pero él, sin oír ni ver al príncipe, salió haciendo pedazos el memorial, y diciendo :

— Ese hombre es un monstruo.

## CAPÍTULO XXV

Tonino Monti

Cuando el rey salió de tan mal humor de la cámara de la princessa real, y cuando San Felice le seguía haciendo pedazos el memorial, el capitán Skinner discutía en su camarote el precio por el que un mozo de veinticinco ó veintiséis años se había ofrecido á formar parte en la tripulación de la goleta.

Al decir que se había ofrecido, no hemos sido exactos. Uno de sus mejores marineros, natural de Palermo, que ejercía á bordo el cargo de contra-maestre, recibió del capitán Skinner, un día antes, el encargo de reclutar algunos hombres para reforzar la tripulación, y vió á la puerta de la casa número 7, de la calle de la Salud, á un hermoso joven con gorro de pescador y calzón recogido debajo de las rodillas, lo que dejaba ver su pierna vigorosa y bien formada. Se detuvo un instante delante de él,

y le miró con atención y persistencia tales, que el mozo preguntó en el dialecto siciliano :

— ¿ Qué me queréis ?

— Nada, contestó el contra-maestre, en el mismo dialecto. Te miro y no puedo menos de pensar que es vergonzoso...

— ¿ Qué es vergonzoso ?

— Que un mozo como tú, que haría tan buen marino, esté destinado á ser un mal carcelero.

— ¿ Quién te ha dicho eso ?

— ¿ Qué te importa si ves que lo sé ?

El joven se encogió de hombros.

— ¡ Qué quieres ! dijo, el oficio de pescador no basta para dar de comer al que lo ejerce, y el de carcelero produce dos carlinos diarios.

— ¡ Bah ! dos carlinos, repuso el contra-maestre, castañeteando sus dedos : vaya una retribución para semejante destino. Yo estoy á bordo de un buque en que los grumetes ganan dos carlinos y los marineros ocho.

— ¿ Es decir, que ganas ocho carlinos diarios ? preguntó el pescador.

— ¿ Yo ? gano doce : soy contra-maestre.

— ¡ *Peste di Bacco* ! ¿ en qué diablos comercia tu apitán para pagar á ese precio sus hombres ?

— No comercia en nada, navega por gusto.

— ¿Es rico, pues?

— Millonario.

— Buen oficio, y más ventajoso todavía que el de marinero por ocho carlinos.

— Éste, sin embargo, es mejor que el de carcelero por dos.

— No digo que no; pero mi padre quiere que le suceda en su profesión de alcaide de la cárcel.

— ¿Y cuánto gana?

— Seis carlinos diarios.

El contra maestre se echó á reír.

— ¡Vaya un porvenir lisonjero! ¿Y estás decidido?

— No tengo vocación para ello; pero es necesario emplearse en algo.

— Sí, es divertido levantarse de noche, rondar por los corredores, entrar en los calabozos, ver desdichados prisioneros llorando...

— ¡Bah! todo es acostumbrarse. ¿No hay por doquiera gentes que lloran?

— Ah, ya me figuro lo que es, dijo el contra maestre: estás enamorado, y no quieres dejar á Palermo.

— ¡Enamorado yo! dos novias he tenido; una me dejó por un oficial inglés, otra por un canónigo de Santa Rosalía.

— ¿Eres libre como el aire?

— Libre como el aire, y si tienes un puesto bueno que ofrecerme, soy tuyo. No he sido todavía nombrado carcelero y no espero serlo hasta dentro de tres años.

— ¿Un buen puesto, dices? No puedo ofrecerte otro que el de marinero.

— ¿Cuál es tu buque?

— *El Runner*.

— ¿Americano?

— Sí, ¿tienes algo que decir contra los americanos?

— Son herejes.

— La tripulación de *El Runner* es católica como tú y como yo.

— ¿Y te encargas de hacer que me reciban á bordo?

— Le hablaré al capitán.

— ¿Y ganaré ocho carlinos diarios como los demás?

— Sí.

— ¿Se viste de paño? ¿se come bien?

— Ya lo creo. Por la mañana café con un vasito de ron: á medio día sopa, un pedazo de vaca ó carnero asado, pescado, si se ha cogido, y por la noche macarrones.

— Lo quisiera ver.

— ¿ Nada más que eso? Son las once y media, á las doce se come : te convidó á comer con nosotros.

— ¿ Y el capitán?

— El capitán no te verá.

— Acepto, dijo el joven : ahora iba á comer un poco de bacalao.

— ¡ Uf !... exclamó el contra maestre ; un perro que hay á bordo no lo quiere.

— ¡ Madona ! repuso el mozo, cristianos hay que serían con mucho gusto perros en tu buque.

Y cogiendo el brazo del contra maestre, siguió por el muelle á la Marina, donde había amarrado un bote, custodiado por un marinero ; pero el contra maestre dió un silbido, y otros tres saltaron al bote, en el que entraron el contra maestre y el pescador.

— ¡ Al *Runner* ! y pronto ; dijo en mal inglés el contra maestre, tomando la caña del timón.

Los marineros enderezaron sus remos y la ligera embarcación surcó las ondas. Diez minutos después llegaba á la escalera de babor del *Runner*.

El contra maestre había dicho la verdad : ni el capitán ni su segundo observaron la llegada de un extranjero. Pusiéronse á la mesa, y como la pesca

había sido buena, la comida fué todavía mejor de lo anunciado por el contra maestre.

Debemos confesar que los tres platos que se sucedieron, remojados con media botella de vino de Calabria, produjeron verdadera sensación en el ánimo del huésped.

Á los postres el capitán subió á cubierta acompañado de su segundo, y se dirigió á proa, paseando. Pusiéronse en pie los marineros, y el capitán hizo seña para que volvieran á sentarse.

— Perdonad, mi capitán, dijo el contra maestre ; pero tengo que haceros una petición.

— ¿ Qué quieres ? preguntó Skinner riendo ; habla, mi bravo Giovanni.

— No pido nada para mí, capitán : es para un compatriota que he encontrado en Palermo y le he invitado á comer con nosotros.

— ¿ Y en dónde está tu compatriota ?

— Helo aquí.

— ¿ Y qué quieres ?

— Un gran favor, capitán.

— ¿Cuál?

— El de beber á vuestra salud.

— Concedido ; el beneficio es para mí.

— ¡ Viva el capitán ! gritaron á una voz todos los marineros.

Skinner saludó con la cabeza.

— ¿Cómo se llama tu compatriota? preguntó.

Á fe mía, contestó Giovanni, no le sé.

— Me llamo vuestro servidor, Excelencia, respondió el joven, y estimaría que me contestaseis que os llamáis mi amo.

— ¡Hola! tiene ingenio el mozo.

— No lo creáis, Excelencia.

— ¡Estoy seguro de ello!

— Desde que mi madre me lo decía cuando era pequeñito, nadie lo ha observado.

— Pero, en fin, ¿tendrás otro nombre además del de mi servidor.

— Tengo dos, Excelencia.

— ¿Cuáles son?

— Tonino Monti.

— Espera, espera, dijo el capitán, como queriendo reunir sus recuerdos; paréceme que te conozco.

El joven levantó la cabeza.

— Sería extraño, dijo.

— Ya recuerdo... sí, eso es. ¿No eres hijo del alcaide del fuerte de Castellamare?

— Sí tal. Preciso es que seáis brujo para haberlo adivinado.

— No soy brujo, pero sí amigo de uno que ha

pedido para ti el destino de carcelero: soy amigo de San Felice.

— Cuyo destino no obtendrá, probablemente.

— ¿Por qué? San Felice no solamente es bibliotecario, sino amigo del duque de Calabria.

— Es verdad; pero es también el marido de la prisionera tan encarecidamente recomendada por S. M., y que vive aún por milagro. Si ese caballero tuviera influencia, habría obtenido la vida de su mujer.

— Porque se le ha negado ó se le negará un gran favor, es precisamente por lo que se le concederá otro pequeño.

— ¡Que Dios nos oiga!

— ¿Por qué?

— Porque me alegraría más servirlos á vos que al rey Fernando.

— No deseo ponerme en competencia con él, te lo aseguro, replicó riendo el capitán.

— ¡Oh! señor, oponeros á que se me nombre: hago dimisión antes de ser nombrado.

— Sí, capitán, añadió Giovanni, aceptadle. Tonino es buen muchacho: es pescador desde que nació y será excelente marinero. Todos le veremos con gusto entre nosotros.

— Sí, sí, exclamaron todos los marineros

— Capitán, dijo Tonino llevando la mano al pecho, á fe de siciliano os aseguro que si me admitís, estaréis contento de mí.

— Escucha, amigo mío, respondió el capitán : me pareces buen muchacho; pero no quiero que se diga que soy un reclutador y que se me acuse de haberte engañado estando borracho. Diviértete con tus compañeros cuanto quieras; pero reflexiona esta noche y mañana todo el día, y si pasado tienes las mismas intenciones, vuelve por acá, y nos entenderemos.

— ¡ Viva el capitán! gritó Tonino.

— ¡ Viva! replicó la tripulación.

— Tomad cuatro piastras, dijo Skinner : saltad á tierra, comed, bebed, gastad, nada me importa; pero esta noche todos estaréis aquí sin que conozca yo que se ha bebido vino : marchad.

— ¿ Y la goleta, capitán? preguntó Giovanni.

— Deja dos hombres.

— Muy bien, capitán; pero ninguno querrá darse.

— Echadlo á la suerte, y cada víctima recibirá una piastra para que se consuele.

Se echaron suertes y recibieron su piastra los dos marineros á quienes tocó quedarse á bordo.

Por la noche, á las nueve, todos habían vuelto, y,

como el capitán había recomendado, estaban alegres, pero nada más.

El capitán pasó revista á la gente según costumbre é hizo seña á Giovanni para que le siguiera. Diez minutos después, todo el mundo estaba acostado, excepto los marineros del primer cuarto. Giovanni entró en el camarote de su capitán, que esperaba con su segundo : ambos parecían impacientes.

— ¿ Y bien? le preguntó Skinner.

— Y bien, capitán, ya es nuestro.

— ¿ Estás seguro?

— Como si lo viese acostado entre los demás.

— ¿ Y crees que mañana?...

— Mañana, á las seis de la tarde, habrá firmado, tan cierto como me llamo Giovanni Capriolo.

— ¡ Dios lo quiera! murmuró el segundo : estará hecho la mitad de nuestro negocio.

Al siguiente día, como Giovanni lo había prometido, después de haber discutido, por mera formalidad, los haberes, y hecho las preguntas consignadas en el reglamento, Tonino Montí, libre y mayor de edad, se alistó por tres años como marinero á bordo del *Runner*, y recibió adelantados tres meses de haberes, sometiéndose á todo el rigor de la ley si faltaba al contrato.

## CAPÍTULO XXVI

## El alcaide

Apenas el nuevo alistado puso, si no bien, de una manera inteligible, su firma al pie de la obligación, entró un marinero en el camarote, llevando en la mano un pliego que un mensajero acababa de traer de parte del caballero San Felice, con recomendación expresa de no entregarlo más que al capitán.

Desde el medio día, se extendió por Palermo el rumor de que la duquesa de Calabria sentía los dolores del parto. Á los propietarios de la goleta les interesaba mucho este acontecimiento para no ser los primeros en adquirir noticias. El sonido de las campanas, y la exposición del Santo Sacramento les había dado á entender los temores de la corte; los petardos, los cohetes y las iluminaciones les pusieron al corriente del feliz resultado en que tanto se interesaban, puesto que la vida de la prisionera dependía de aquel suceso.

El capitán Skinner comprendió al instante que el pliego contenía la decisión del rey. Hizo una seña á Salvato que echó una mirada á la obligación escrita, la dobló y guardóla en su pecho, y dijo á Tonino, que todo estaba bien.

Satisfecho Tonino de formar parte de la tripulación del *Runner*, subió á cubierta.

Salvato y su padre quedaron solos y se apresuraron á abrir el pliego; contenía el memorial hecho pedazos. Como se comprende, esta respuesta era significativa: decía claramente: « el rey no ha tenido piedad »; pero á aquellos fragmentos acompañaban dos papeles que no estaban rotos. El primero que Salvato abrió, era de letra del caballero y contenía estas palabras:

« Iba á enviaros estos papeles desgarrados sin ningún comentario, — porque según teníamos convenido, significan que la princesa ha sido desairada, y que nada tenemos que esperar, — cuando he recibido del director de la policía el nombramiento solicitado por mí, de Tonino Monti, para el destino de carcelero ayudante. ¿Habrà en este nombramiento un medio de salvación? No lo sé y no puedo pensarlo, porque mi cabeza no está para ello; pero vosotros sois hombres de recursos y de ima-

ginación, tenéis medios de lucidez que me faltan, y hombres de resolución que no tengo y que no sabría encontrar. Buscad, imaginad, inventad, arrojaos, si es preciso, á lo insensato, á lo imposible; pero salvadla.

Yo no puedo hacer más que llorar. Adjunto va el nombramiento de Tonino Monti. »

La noticia era terrible; pero ni Salvato, ni su padre, habían confiado nunca en la clemencia real. Este contratiempo no les produjo el efecto que al caballero San Felice. Ambos se miraron con tristeza pero sin desesperación; más aún, les parecía que aquel nombramiento de Tonino Monti era una compensación del golpe anunciado por el roto memorial.

Como se ve, habían también contado con este accidente, y apoderándose á todo evento de Tonino, tomaron sus medidas. Sin embargo, sus planes eran muy vagos; no habían llegado todavía á proyecto. Allí estaban, atento el oído, fija la mirada, extendido el brazo, prontos á aprovechar la ocasión, si se presentaba. Habían creído ver un vislumbre ó un fulgor en la ambición de Tonino; este fulgor se aumentaba con su nombramiento, y á la luz de este crepúsculo iban á buscar una esperanza.

Eran las siete de la tarde, á las ocho parece que habían tomado una resolución; porque dieron orden de levar anclas al día siguiente á medio día.

Se dió permiso á Tonino para ir aquella tarde ó al otro día de madrugada á pedir la licencia á su padre; pero declaró que temía de tal suerte su cóera, que en lugar de ir á pedirle permiso, se arrojaría al mar si le viera llegar.

Salvato y su padre no podían esperar mejor contestación.

Vamos ahora á contar los sucesos tal como pasaron, sin dar otra explicación que los mismos acontecimientos.

Al día siguiente, á las cinco de la tarde, con un tiempo nebuloso y sombrío, la goleta *Runner* comenzó sus preparativos para levar anclas. Durante esta operación, ya por causa de la maniobra, ya por defecto de la cadena, rompióse un anillo, y el ánora quedó en el fondo. Siempre que este percance había sucedido, no habiendo quedado el ancla á mucha profundidad, dos buzos bajaban al fondo para sacarla.

Á pesar de este accidente, se continuó aparejando, y lo único que se dispuso fué que, puesto que el ancla no estaba más que á tres brazas de profundidad, quedase un bote con ocho hombres y

el contramaestre Giovanni para recogerla, mientras que la goleta esperaba cruzando á la entrada del puerto.

Para hacerse visible en una noche sin luna, debía llevar encendidos tres faroles de diversos colores.

Hacia las ocho de la noche se abrió paso entre los buques del puerto, y empezó á virar de bordo hacia el punto convenido.

Á la misma hora, el alcaide de la fortaleza de Castellamare, Ricardo Monti, salía de la prisión y daba parte al gobernador de que acababa de recibir una carta, en que su hijo le anunciaba su nombramiento de carcelero ayudante, según su deseo, y que volvería con él entre nueve y diez, después de llenar algunas formalidades de policía.

Esta carta sin duda le había sido escrita por Tonino, aconsejado por alguno de sus camaradas, á fin de llamar la atención de su padre, para que no lo echara de menos.

Á Ricardo Monti le habían enseñado la cita en una de las tabernas de la plaza Marina. Sin sospechar nada, entró preguntando por Tonino Monti. Un corredor se lo indicó conduciéndole á una sala en la que, según le dijo, su hijo bebía con tres ó cuatro camaradas.

Apenas entró en la sala y empezó á buscar al

que le había dado el billete, cuando fué sorprendido por cuatro hombres, que lo amarraron, le pusieron una mordaza y le echaron en una cama, asegurándole que lo soltarían al día siguiente temprano, y que no se le haría daño alguno si no trataba de huir.

Esta violencia se le hizo con el único objeto de apoderarse del manojó de llaves de los calabozos de los presos que llevaba en la cintura. Las llaves fueron entregadas á una persona que las esperaba detrás de la puerta.

Media hora después, un joven de la edad y de la estatura de Tonino llamó á la puerta de la fortaleza, pidiendo audiencia al gobernador de parte de su padre.

El gobernador ordenó que pasara. Entró el joven, le dijo que Ricardo Monti, al atravesar la calle de Toledo, que ardía en fiestas por el nacimiento de un príncipe, había sido herido por un petardo que estalló á sus pies y conducido al hospital de Pellegrini: que el herido le había llamado, y entregado las llaves, dándole orden de presentarse en seguida á Su Excelencia el gobernador, que ya estaba prevenido por él, para justificar su nombramiento y presentarle la credencial, en virtud de la cual, y con el consentimiento de Su Excelencia, le reempla-

zaría durante su enfermedad, que no sería larga.

El gobernador leyó la credencial del nuevo carcelero ayudante y la encontró en toda regla. No halló nada de extraordinario en lo ocurrido á Ricardo Monti, porque tales accidentes sucedían con mucha frecuencia. Como hemos dicho y saben nuestros lectores, había prevenido el alcaide al gobernador que iría á presentar á su hijo, por lo que no sospechó nada, invitó al fingido Tonino á guardar provisionalmente las llaves de su padre, y le instruyó acerca del servicio á que su destino le obligaba.

El nuevo carcelero metió la credencial en su pecho, ató á su cintura las llaves, que había dejado sobre la mesa del gobernador, y salió.

El inspector, prevenido por el gobernador, le condujo de corredor en corredor, enseñándole los calabozos habitados : eran nueve.

Al pasar por delante del de la San Felice, le detuvo un instante para explicarle la importancia de la prisionera : debía entrar en el calabozo tres veces al día y dos la noche, una á las nueve y otra á las tres de la madrugada, para asegurarse de su presencia : le repitió más algunas otras órdenes que se habían dado el mismo día para vigilar el interior y el exterior del fuerte.

Concluida la vuelta, el inspector le enseñó el cuarto de guardia, en donde el carcelero encargado de velar debía permanecer toda la noche. Durante el día podía dormir cuatro horas. Si temía ser vencido por el sueño podía pasearse por los corredores.

Eran las once y media cuando el inspector y el nuevo carcelero se separaron : el primero recomendó al segundo la exactitud y la vigilancia, y éste prometió que haría más de lo que de él se esperaba.

Efectivamente, quien le hubiese visto á la puerta del cuarto de guardia, que daba al primer corredor, y se abría al pie de la escalera número 1, no le hubiera acusado de que faltaba á su deber. Allí se mantuvo en pie, inmóvil, hasta que no se oyó ningún ruido en la fortaleza.

Sonó la hora de media noche.